

# **Revueltas Americanas. Elementos ideológicos de los insurgentes en el Alto Perú y Nueva España, siglos XVIII-XIX.**

López, Iara Micaela.

Cita:

López, Iara Micaela (2017). *Revueltas Americanas. Elementos ideológicos de los insurgentes en el Alto Perú y Nueva España, siglos XVIII-XIX. XVI Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia. Facultad Humanidades. Universidad Nacional de Mar del Plata, Mar del Plata.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-019/593>

Mesa n° 109, *Manifestaciones de la región, entre los imperios ibéricos y los Estados nacionales (siglos XVIII y XIX)*

Título: "Revueltas Americanas. Elementos ideológicos de los insurgentes en el Alto Perú y Nueva España, siglos XVIII-XIX".

Autora: López, Iara Micaela (UBA)

Para publicar en actas.

---

*Revueltas Americanas: Elementos ideológicos de los insurgentes en el Alto Perú y Nueva España, siglos XVIII-XIX*

### Introducción

Partiendo del precepto de que la materialidad influye al imaginario así como el imaginario a la materialidad, en una relación dialéctica, en el presente trabajo proponemos emprender un relevamiento bibliográfico para analizar los elementos ideológicos que posibilitaron la insurgencia de determinados grupos sociales y su confluencia en movimientos rebeldes, más específicamente los de la Revuelta Tupamarista de 1780 en Perú y la Rebelión de Hidalgo de 1810 en México. En consonancia, nos propondremos responder a la pregunta de si su *ideología* (en el caso de que pudiéramos hablar sólo de una) insurgente era necesariamente *anticolonial*. Comenzaremos nuestro análisis por la revuelta del Perú para luego contrastarla con la de México.

### De elementos ideológicos e interpretaciones historiográficas

El 10 de noviembre de 1780 el corregidor de Canas y Canchis (Cusco), Don Antonio de Arriaga, fue ahorcado en la plaza pública bajo órdenes del cacique de Tinta, José Gabriel Condorcanqui, más conocido como Túpac Amaru. Este suceso quedaría en la historia como símbolo del inicio de la Revuelta Tupamarista que perduró entre 1780 y 1783. Pero, ¿cuáles fueron los elementos ideológicos particulares de los sectores sociales que lograron confluir en un nuevo e inventado colectivo?

Scarlett O'Phelan Godoy argumenta en su libro que la *Gran Rebelión* puede ser observada como el cúmulo de un malestar social generalizado producto de las Reformas Borbónicas. Consecuentemente, hubo un estallido de movimientos sociales que, por estar en su momento más álgido, Tupac Amaru habría podido capitalizar en su conjunto,

y que atacaron al sistema colonial globalmente, o al menos eso intentaron. La autora también distingue dos etapas en la rebelión: la primera, en ocasiones definida como la fase cusqueña o quechua, fue personalmente organizada por Tupac Amaru, y la segunda, que se habría iniciado con la captura y asesinato del cacique, dejó al movimiento a cargo de algunos de sus familiares, para luego articularse con los rebeldes del Alto Perú, encabezados por Tupac Catari.

Para la autora, el propósito inicial de la rebelión era la lucha contra el “mal gobierno”. Pero una de las más importantes líneas de estudio para Scarlett resulta ser el componente social del movimiento: según ella, el ejército rebelde, a pesar de estar formado en su mayoría por indígenas “del común”, se habría constituido sobre una *estructura elitista*, formada por mestizos, caciques indios y algunos criollos. Por eso, la autora plantea que la hipótesis que sugiere que el objetivo principal de la rebelión era promover un nuevo orden en la sociedad, podría ser cuestionada.

Por lo tanto, si definimos a la conducción del movimiento como la “élite” social por fuera de los peninsulares, su argumento principal goza de extraordinaria coherencia: son las reformas fiscales las que, en la creación de aduanas y el incremento de las alcabalas, afectan los negocios de estos sectores, incluso de Túpac Amaru como individuo y propietario-arriero. El resto de los indígenas, para O’Phelan, quedan relegados a ser una “fuerza de choque” cuyos intereses frente a la explotación tributaria, mitaya y de los repartos de mercancías “justo” confluyeron con el ataque a los intereses de la cúpula. Pero esta confluencia y apoyo masivos no resultarían gratuitos: O’Phelan marca en un punto que las masas indígenas (sobre todo del sur del Perú, donde eran mayoría poblacional) pedían la abolición del tributo de tal forma, que su reclamo finalmente tuvo que ser atendido. No vemos así en la autora un componente ideológico mayor que el generado provisoriamente por la fuerza de las condiciones materiales perjudiciales para la reproducción económica en la cotidianeidad. Y precisamente por esto dirá que, según “su parecer”, Catari y Túpac Amaru encabezaron levantamientos distintos y paralelos que coexistieron en la misma coyuntura de descontento social. De otro modo, no podría congeniar un movimiento al que califica como “elitista” en su concepción, con otro surgido de las bases indígenas y sus reivindicaciones, que había incluido incluso a negros y mulatos en sus filas y que alimentaba un sentimiento claramente anti-español.

Si nos trasladamos a Alberto Flores Galindo, por su parte, comienza por expresarnos que el movimiento tupamarista es, evidentemente, la culminación o el punto más álgido

de un ciclo de rebeliones que convulsionaron a todo un siglo (cosa que O'Phelan comparte, salvo que adjudica, para seguir con su línea, presiones económicas como las causas a cada una de las revueltas).

Flores Galindo explicita el programa de Túpac Amaru frente al colonialismo y la aristocracia limeña con sus tres puntos centrales: a) La expulsión de los españoles o “chapetones”, pues era necesario ir contra toda la estructura colonial; b) La restitución del imperio incaico; c) La introducción de cambios sustantivos en la estructura económica: supresión de la mita, eliminación de grandes haciendas, abolición de aduanas y alcabalas, libertad de comercio. Túpac Amaru II pensaba conformar un nuevo “cuerpo político” de convivencia étnica armónica. Vemos ya entonces contundentes diferencias frente a la hipótesis de O'Phelan.

Ahora bien; según Flores Galindo, el principio que podría permitir unir a todos los colonizados contra España era la idea del Inca, siendo éste un ordenador frente al caos y la explotación. Y esto era posible porque aún en el siglo XVIII el Inca no era una noción abstracta: por el contrario, había descendientes, y uno de ellos era José Gabriel Condorcanqui Túpac Amaru.

Entonces, si retomamos aquellos puntos centrales que mencionamos, y más específicamente el c), podremos notar que, según el autor, los indios fueron imponiendo su hegemonía indígena con reivindicaciones campesinas, muchas de ellas de índole económica, como fue la oposición al reparto de mercancías. Sin embargo, la verdadera justicia llegaría cuando el legítimo monarca fuera restablecido, cosa que la imaginación popular relacionaba ahora con la recreación de una “sociedad igualitaria”. Por lo tanto, Flores Galindo afirma sin vacilaciones que “el ánimo separatista de Túpac Amaru es indudable”<sup>1</sup> porque el propio líder se proclamó inca-rey (en lo que infiere un claro enfrentamiento al monarca español, por el cual recibía amplio apoyo de las comunidades indígenas). Ésto resulta completamente opuesto al paradigma al que aludía Scarlett O'Phelan, que era el de la lucha contra el “mal gobierno”.

Por su parte, el autor resalta también la violencia desencadenada por los insurgentes, y mientras marca la divisoria entre la conducción revolucionaria y las bases que sobrepasan el nivel de castigos exigidos para con los españoles, se pregunta en nombre

---

<sup>1</sup> FLORES GALINDO, Alberto, *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*, México, Grijalbo, 1993, p.134.

de qué fueron aquellas muertes de blancos. Su respuesta es que fue en nombre de la explotación colonial, el menosprecio de los blancos sobre los indios, la brutal injusticia que acarrió la conquista, el etnocidio. Vaya si no serán motivos para configurar, tal como dice el autor, una moral y una ideología que les guíe el accionar. Cuando Flores Galindo pretende introducirse en la mentalidad andina, comenta que una clara justificación para la violencia contra los realistas era el invertir el discurso de la conquista: los españoles no eran buenos cristianos, pues no cumplían con lo que predicaban, y debían ser excomulgados. Pero si nos damos cuenta, este argumento insinúa una determinada legitimidad para con el catolicismo, a pesar de que había quienes lo consideraban como el peor de los demonios. Seguramente fuera por eso que Túpac Amaru trató en todo momento de ganarse el apoyo de la Iglesia.

Pero lo importante aquí era que en 1780 se cumplía un nuevo tiempo: terminaría la edad de los españoles y los incas volverían. Sería una revolución, pues implicaba la ruptura de un orden y el momento en donde las concepciones postergadas y reprimidas podían regresar. Y es por eso que la Revolución Tupamarista, para Flores Galindo, termina superando a sus planes iniciales: aunque para Túpac Amaru el Inca sería un monarca que conformaría un “cuerpo de nación” uniendo a todos los habitantes del Perú, los indígenas iban contra la Iglesia y los curas, e incluso contra los criollos. Es así como el autor termina por afirmar que: “En la revolución tupamarista convivían dos fuerzas que terminaron encontradas. El proyecto nacional de la aristocracia indígena y el proyecto de clase (o etnia) que emergía con la práctica de los rebeldes”<sup>2</sup>.

Por otro lado, tenemos a Sinclair Thomson. El autor ya inicia uno de sus capítulos relegando las condiciones materiales o fuerzas estructurales a un segundo plano, lo que configura la primera diferencia con O’Phelan: Thomson se pregunta directamente por las motivaciones y visiones políticas de los insurgentes. Segunda diferencia: Thomson realiza una crítica a la carencia de estudios sobre la política comunaria durante la primera fase insurreccional, política que suele ser adjudicada a la segunda fase, avalando así el argumento de que fue por eso que se rompió con el programa de Túpac Amaru (tal como argumentaba O’Phelan). Por el contrario, Sinclair explica que los campesinos-indígenas concibieron posibilidades políticas alternativas (y las debatieron),

---

<sup>2</sup> FLORES GALINDO, Alberto, *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*, México, Grijalbo, 1993, p.156.

fruto de experiencias políticas previas. Thomson resalta así la existencia de una conciencia política campesina y su iniciativa histórica.

El autor nos presenta el caso de Caquiaviri en 1771, cuando los comunarios tomaron el poder en aquella capital y de repente se vieron envueltos en el desafío de gobernar. Thomson nota, en primer lugar, que la comunidad decía representar al rey y gobernar en ausencia de la autoridad colonial ilegítima. Pero en segundo lugar, la comunidad se llamaba a sí misma Rey, remontándose al escolasticismo medieval que decía que el dios cristiano había concedido el poder político al pueblo, que entonces se lo delegaba a su legítimo monarca. Por lo tanto, en casos excepcionales, como lo es por ejemplo el poder real convertido en tirano, se justificaba por derecho natural que el pueblo recuperase el poder. Este segundo sentido es el que Thomson dirá que pudo haber desplazado al Rey pero sin hacerlo de forma abierta. A esto le suma la idea implantada por los comunarios de que “todos eran vasallos del rey”, insinuando un cambio radical de la estructura social que se estaría abriendo, para así volverla igualitaria, e insinuando por supuesto una “igualdad con los no indígenas” (la “mancomunidad”). También Caquiaviri es un gran ejemplo que demuestra la posibilidad de proyectos políticos que impongan el mando desde abajo, como lo fue la incorporación de Uriarte a las filas insurgentes.

En síntesis, podemos identificar un conjunto central de opciones políticas anticoloniales antes de 1780: la eliminación radical del enemigo colonial, la autonomía regional indígena (que no necesariamente cuestionaba a la Corona española) y la integración racial/étnica bajo hegemonía indígena. Las tres brindarán un marco de acción que, sin embargo, será subsumido por una visión más amplia y por eso elemental que permitiera la decisión política e histórica de avanzar en pos de un objetivo. En este caso, dirá Thomson, será la visión milenarista la que reinterprete la historia y de confianza en el futuro. Es decir, el éxito de Túpac Amaru reside en haber sabido aprovechar la época de insurgencia general, pero encuadrándola en la promesa del regreso del Inka. Es aquí donde encontramos un punto de confluencia con Flores Galindo: lo que para él era un único “cuerpo político”, para Thomson será un nuevo orden bajo una “nación peruana de carácter multirracial”. Esta utopía andina contemplaba entonces la disolución de diferencias raciales y la unidad contra lo europeo, sinónimo de usurpación.

Asimismo, podemos encontrar otra diferencia del autor con lo expuesto anteriormente, y es nuevamente con respecto a O'Phelan. Mientras para esta última Túpac Amaru sólo tenía intenciones reformistas, para Sinclair Amaru tenía un claro posicionamiento

separatista, sólo que no podía arriesgarse a vociferarlo: la ambivalencia era una táctica para convocar más adeptos. El Rey tenía mucho apoyo popular y además, en la mayoría de los levantamientos previos a 1781 las protestas fueron contra los funcionarios y no contra la Corona. Y como si fuera poco, tampoco quería espantar la voluntad de otros sectores como los criollos. Por eso, en vez de desafiar al poder real prefirió asumir el poder para sí mismo haciendo de las proclamas una ficción.

Y para concluir con el autor, sería conveniente resaltar los estudios de Thomson sobre la segunda fase de la Gran Revuelta, momento en que el centro de la escena revolucionaria pasa de Cuzco a La Paz, como parte de las provincias aymaras del sur. Los temas que han sido identificados para esta etapa son el radicalismo, el antagonismo racial y la violencia, así como la intensidad de las fuerzas comunales de base, todas características que tensionaron al movimiento en general.

El autor logra un análisis con contextualización histórica, contestando a las visiones esencialistas que adjudican la violencia irrefrenable y la acción de las bases a la barbarie indígena. Es así que Thomson analiza el radicalismo como parte necesaria de un movimiento cuyo líder máximo ha sido muerto por los españoles, y añade un elemento particular: el antagonismo racial por sí solo configura un odio irracional, mientras lo que ocurrió en esta etapa fue principalmente una asociación del “español” (el *q' hara*<sup>3</sup>) con los traidores en la guerra de emancipación, sobre todo después de la experiencia de Oruro en 1781. En la misma, se había configurado una alianza interracial entre indios y criollos, pero los últimos terminaron por expulsar a los primeros, en un intento de monopolizar la oportunidad del autogobierno. De allí, según el autor, se desataría aquella violencia voraz con la que se conoce a los pueblos aymaras durante la insurrección, pues en un momento de radicalización revolucionaria, las confianzas se acotan, y un mal paso puede concluir en la pérdida de las “condiciones objetivas” que la historia no repite diariamente. Por su parte, éste constituye un ejemplo de aquellas ocasiones en que las bases sobrepasaron a la conducción: mientras Tupaj Katari no había abandonado el programa formal de Amaru (donde el movimiento se dirigía principalmente contra corregidores y otros funcionarios estatales, respetando a los compatriotas criollos y a los eclesiásticos), hacia marzo de 1781, tal como se expresó en el episodio de Tiquina, los indios no lo desarrollaron escrupulosamente. Finalmente,

---

<sup>3</sup> Significaba desnudo, pelado o estéril.

Thomson resalta la amplitud semántica del principio racial/étnico de polarización. El término “español” era, por un lado, una categoría de casta jurídicamente constituida por el estado en contraposición a la categoría de indio. Pero por el otro, en la sociedad rural era una categoría étnica compleja, fluida y permeable. En última instancia, hasta los indios fueron perseguidos y ejecutados como enemigos si no se unían a los insurgentes. La categoría de traidor, entonces, era en gran medida equivalente a la de español, pero también la excedía.

En cuanto a la violencia, aquí encontramos una diferencia con respecto a Flores Galindo. Thomson argumenta que para las sociedades indígenas la violencia y la fuerza física, asociadas a la guerra, eran una oportunidad para la expresión de las fuerzas salvajes, peligrosas y temibles que se asociaban particularmente a los hombres, en analogía con los animales. El reconocido Tristan Platt nos habla de ello, cuando brinda un análisis de la semántica de la destrucción y la dominación en la guerra aymara: la violencia era canalizada culturalmente hacia una unidad futura, la dominación se movía hacia la domesticación y se buscaba en última instancia un nuevo equilibrio entre los adversarios. Sin embargo, como los españoles no pertenecían al mundo americano, estas normas no podían ser aplicadas con ellos, por lo que el conflicto exigía una resolución relativamente distinta. En síntesis, aquí no habría derecho al ejercicio de la violencia por inversión del argumento religioso, sino violencia por la fuerza misma de la coyuntura.

Habiendo expuesto entonces el análisis de Thomson del Movimiento Tupamarista en el norte y sur peruanos, podemos concluir que a pesar de que los oficiales aymaras de mayor rango eran casi siempre parientes de Katari o viejos camaradas y que ejercía una autoridad jerárquica similar a la de los líderes quechuas, en el Alto Perú había un contraste fundamental: la relación vertical no implicaba un flujo de poder de arriba a abajo, sino que existía también un importante control desde abajo y una visible y dialéctica negociación del poder. Según el autor, esta dinámica debe entenderse como resultado de procesos políticos locales y de una cultura política cambiante.

Por otro lado, para la historia de las revueltas en Perú contamos con Charles Walker, quien, en un breve repaso historiográfico, nos comenta que el análisis de Túpac Amaru ha oscilado entre concebirlo como “precursor” (de la Independencia); “Inca”, es decir, personaje mesiánico pero que reinventaba una tradición para cohesionar a la población contemporánea; o “tradicionalista”, en su afán de resaltar su fidelidad al Rey y la legitimidad de la sublevación. Para Walker, sin embargo, resultaría conveniente unificar



estas perspectivas pues todas tienen un argumento que sostiene su principal hipótesis: estas rebeliones fueron anticoloniales. Dirá que el “nacionalismo neo-Inca” fue la fuente ideológica más evidente para el levantamiento tupamarista pero que, tal como sucede con todos los “mitos nacionalistas”, éste fue la base de diversos proyectos políticos. Mientras la élite invocaba a la ancestral monarquía en oposición a la centralización en la administración borbónica, los indígenas también desarrollaban su propia interpretación de “sociedad igualitaria” (coincidente con lo dicho por Thomson).

Walker parece finalmente ser un mediador entre las argumentaciones antes expuestas: considera que el levantamiento de 1780 tuvo influencia de las Reformas Borbónicas como de las revueltas previas del siglo XVIII, y en cuanto a la interpretación de que José Gabriel legitimaba al Rey de palabra mientras “tenía intenciones separatistas” (Thomson), considera (y con razón) que ahí hay un nivel de intencionalidad que es imposible de develar. Por eso mismo, el autor prefiere interpretar la abierta ambigüedad del líder como una retórica que subvierte los paradigmas dominantes. Walker nos plantea entonces el interrogante de hasta qué punto “resistencia” es necesariamente lucha armada o también puede incluir otros recursos, como tomar el discurso ajeno y darlo vuelta en su provecho (tal como planteaba Flores Galindo con el “relato de la conquista invertido”). En conclusión, para Walker la rebelión fue un movimiento *protonacional* (porque no llegó a poner en práctica su proyecto) cuyo objetivo era derrocar al colonialismo borbónico, pero que cuando fue coartado, estaba aún en proceso de construir, al menos en el imaginario, una organización política superadora.

Finalmente, contamos con Sergio Serulnikov quien nos provee dos grandes aristas de análisis para pensar a los insurgentes del Perú: una, que las concepciones anticoloniales mostraron variaciones regionales en su contenido ideológico; la otra, que la dicotomía entre “lo andino” y “lo europeo” surge de los discursos de contrainsurgencia, y no de las prácticas y representaciones indígenas. Es así como “lo andino” debería situarse en el plano de lo imaginario, mientras constituye asimismo la base de la capacidad de insurgencia para promover la formación de identidades colectivas indígenas antagónicas a las estructuras de poder colonial. La aceptación de los indios de su condición de “naturales” configuró un punto de partida para reivindicar sus derechos de autodeterminación política.

Para explicitar lo particular de las rebeliones tupamaristas, Serulnikov argumenta que lo que los grandes levantamientos pusieron en cuestión fue el “monopolio simbólico sobre

el sentido de las instituciones y los valores morales vigentes”<sup>4</sup>. Es decir, el hecho de que los mismos insurgentes cuestionaron al sistema a partir de la gama de conceptos políticos y religiosos interculturales que habían servido en un principio para su dominación (aquí podríamos tender nuevamente una similitud con Flores Galindo). Por otro lado, otro de los aspectos fundamentales fue, indudablemente, el renacimiento cultural incaico. Para el historiador, el Estado colonial fue algo así como su propio sicario, pues al mantener vigentes las memorias del pasado prehispánico a los fines de demostrar, en contraste, la actual sujeción, al seguir concediendo privilegios a la aristocracia nativa o al permitir que la “tradición incaica” fuera enseñada en los colegios de caciques, terminó permitiendo la supervivencia de aquello que configuraría, según han argumentado numerosos autores, el eje cohesionador de la insurrección.

Por otro lado, y un poco en consonancia con los argumentos economicistas de O’Phelan, Serulnikov afirma que la ideología y composición del Movimiento Tupamarista reflejó las posibilidades y las ambigüedades que subyacían en el reconocimiento público del pasado incaico y la plena integración de la nobleza andina en la sociedad cuzqueña. Es sugestivo que el lenguaje de Túpac Amaru pudo haber sido objeto de confluencia por su común comprensión, desde los mismos indios hasta los criollos. Sin embargo, para el autor eso no implica que todos entendieran del mismo modo al levantamiento: las élites indígenas seguramente esperaban que los habitantes no indígenas aceptaran el nuevo status quo bajo la monarquía incaica, mientras que los criollos cuzqueños confiarían en poder manipular el descontento social para socavar el programa de reformas imperiales. Por su parte, según el autor, en aquellas regiones donde la insurrección estalló “desde abajo”, uno de los principales causantes fue la discusión por el control de los cacicazgos, dada la ilegitimidad de las autoridades étnicas, que venía socavándose a lo largo del período colonial, ante la incompatibilidad de sus deberes de protección para con la comunidad con sus deberes de recolección de tributos y demás tareas extractivas a favor de los funcionarios coloniales. Por lo tanto, Serulnikov dirá que, a pesar de estas intrínsecas limitaciones que provocaron el fracaso de las coaliciones entre los distintos actores sociales (indígenas, mestizos, criollos), las políticas borbónicas proporcionaron a los indígenas de una eficaz arma de resistencia.

---

<sup>4</sup> SERULNIKOV, Sergio, “Repensando ‘lo andino’ en el siglo XVIII”, en Xavier Ricard Lanata (editor), *Vigencia de lo andino en los albores del siglo XXI. Una mirada desde el Perú y Bolivia*, Cusco, CERABC, 2005, p. 126.

Por otro lado, y en cuanto a la discusión de si la Gran Revuelta fue sólo un espasmo de insurgencia o producto de la continuidad de un siglo conflictivo bajo las relaciones coloniales de dominación, en base a las distintas experiencias el autor alega que el anticolonialismo derivó de un proceso gradual de confrontación, pues la conformación de redes de cooperación entre diversos grupos étnicos y la adopción de un lenguaje común de derechos políticos y reivindicaciones socioeconómicas fue el fruto de prolongados enfrentamientos con los poderes coloniales, a lo largo de décadas. Pero, agrega, esos enfrentamientos fueron vividos en distinta medida por parte de las poblaciones andinas; mientras los levantamientos tupamaristas fueron el punto de partida para la sociedad cuzqueña, fue el de llegada para sus pares en Chayanta, por ejemplo.

Ahora sí por fin, es hora de trasladarnos al México de 1810, más específicamente a la zona del Bajío. Según John Tutino, gran parte de los rebeldes eran arrendatarios y empleados de haciendas rurales de allí, por lo que la revuelta de Hidalgo habría sido eminentemente agraria, iniciando así una larga época de violencia rural.

Lo cierto es que, en un pequeño repaso historiográfico que realiza Tutino, podemos observar aquí también una escisión entre los objetivos de la élite y los de las bases. El historiador Jorge Domínguez resalta la importancia de la crisis del Estado imperial español que precedió a la insurrección, pero esto no era en sí mismo suficiente para generar una rebelión. Por eso, Tutino expresa, en su crítica a la acostumbrada historia elitista, que en todo análisis de los orígenes de la insurrección de masas hay que dedicar principal atención a la evolución de la vida y de los valores de la plebe. Una vez más, tal como con O'Phelan, nos encontramos bajo una óptica que pretende explicar una revuelta a través de la situación económica-material de sus integrantes.

Según Tutino, la segunda mitad del siglo XVIII aportó nuevos sucesos que impusieron el deterioro de las condiciones de vida de la mayoría agraria, frente a las ventajas que habían obtenido con anterioridad. La minería resurgió, el cultivo comercial en las haciendas se extendió con rapidez y se hizo cada vez más lucrativo (lo que implicó el desplazamiento del maíz, alimento base de los humildes, en pos del trigo, frutas y verduras). Y por si fuera poco, la población del Bajío experimentó con rapidez altos índices de crecimiento. Las élites ganaron fuerza conforme desaparecía rápidamente la estructura de escasez de mano de obra.

Si las variables que maneja Tutino son crecimiento poblacional y abandono de la producción maicera (relegada a las peores tierras), podemos concluir entonces que las hambrunas generadas y el incremento de precios por la carencia de víveres provocaron una encarnizada polarización de clases para el siglo XIX. Ésta sería entonces una crisis de reproducción-recursos, provocada por la élite social a través de la transformación de la agricultura de las haciendas del Bajío.

Lo crucial para Tutino entonces era la dependencia que padecían las mayorías al acumular cada vez mayor pobreza e inseguridad. Por ello, para el autor esa población respondió con presteza al llamado de Hidalgo a las armas en 1810. Pero sobre todo, lo determinante de la Rebelión, más allá de su mayor componente campesino, fue la convergencia de los trabajadores textiles (la producción de telas de los trapicheros así como la de los obrajes fue afectada por el aumento en el costo de la lana debido al desplazamiento del pastoreo como actividad productiva local, y por el aumento de las importaciones) y de las minas de plata (frente a los crecientes costos de “resucitarlas”).

Por su parte, Eric Van Young expresa, por el contrario, que la Rebelión de Hidalgo tenía claras metas políticas, lo cual implica superar las habituales explicaciones sobre las materiales preocupaciones campesinas como eje causal. En síntesis, para Van Young la revuelta fue en pos de la Independencia política y la creación de un estado-nación, pero, de todas formas, este objetivo no era uniforme. Volvemos a notar, tal como en la Rebelión Tupamarista, una escisión entre la élite insurgente y las masas. Sin embargo, hay una diferencia relevante: mientras que en el caso peruano estas últimas superaron la acción insurgente de la conducción, en México eso no ocurrió. La lucha por la Independencia mexicana abarcó dos movimientos, dirá el autor: uno fue el del proyecto nacionalista criollo y mestizo, y el otro el de los humildes que querían la conservación de su *hábitus* y de la autonomía de la vida en la aldea (lo cual no significa que fueran necesariamente antinacionalistas, sino que eran directamente indiferentes a aquel proyecto).

Asimismo, Van Young señala que cualquier intento de construir una generalización sobre los campesinos y sus objetivos en la revuelta es falaz, debido a que uno de los problemas más acuciantes del movimiento era su diversidad regional (tal como aludía Serulnikov para el Perú). Es por eso que dirá que el ciclo insurgente inaugurado en 1810 resultó ser de acción colectiva violenta pero producto de una sumatoria de sublevaciones, que eran el resultado de conflictos locales de largo plazo y no de eventos

políticos fortuitos que ocurrían en el exterior (claramente en contraposición con lo expuesto por el mencionado Jorge Domínguez). Los campesinos no actuaban en contra del Rey (pues de hecho Fernando VII les resultaba un personaje mesiánico a quien debían fidelidad), sino contra las autoridades de la zona, es decir, contra el “mal gobierno”. Se evidencia entonces la imposibilidad de generar una nación, pues, al contrario del caso peruano, aquí no hay un elemento contrahegemónico que pueda unir en las diferencias, como lo fue el Inka. Era necesario entonces armar una “comunidad imaginada”

Ahora bien, ¿Cómo demostrar que las motivaciones campesinas eran estrictamente políticas y no meramente económicas como decía Tutino? Van Young no negará la importancia de ciertas reivindicaciones materiales, y es por eso que tomará el caso concreto de la demanda de tierras por los campesinos-indígenas de Guadalajara (para él, campesino es sinónimo de indígena). Sin embargo, el autor da vuelta el argumento y lo vuelve netamente político, aludiendo que la tierra en sí misma no tenía tamaño valor, sino que ante su carencia lo más atacado resultaba ser el status social de campesino-indígena independiente y el “compromiso de la comunidad”; la tierra estaba inextricablemente relacionada con una cosmología coherente con el pueblo comunal y su identidad, anclada por el “orden sacro” y el dominio desde “tiempos inmemoriales”. Y es por eso que Van Young afirmará que la cultura y práctica políticas de las comunidades campesino-indígenas en sus aldeas rurales demostraron una continuidad entre el último período colonial y la época de la insurgencia: la defensa de la comunidad era una prioridad antes que las formas más amplias de conciencia política.

### Conclusión

La historia de las rebeliones americanas que nos han ocupado en este trabajo oscila principalmente en torno a dos explicaciones: la movilización por la mejora material o la ferviente conciencia política en pos de una utopía social. Tras un exhaustivo análisis con el objetivo de identificar los elementos ideológicos insurgentes y si éstos constituían *una ideología anticolonial*, podemos concluir que esta última se encontraba muy seguramente en las bases debido a sus acciones antiespañolas, pero si se hallaba o no en las cúpulas dirigentes es incierto y seguramente seguirá siéndolo (salvo por Tupac Catari, indudablemente anticolonialista dada la calidad del movimiento constituido “desde abajo”). Afirmamos la conciencia política e histórica del campesinado-indígena, desplegada con una firmeza inaudita, a tal modo que sería hasta responsable

contextualizarla en una lucha de siglos que sólo puede ser concebida a largo plazo y que por eso sufre momentos de repliegue tanto como de actividad. Por otro lado, consideramos que sería erróneo encasillar a las dirigencias como actores con lógica economicista. Preferimos, entonces, dejar abierta la posibilidad de una retroalimentación teórica, conscientes de que son muchas las variables que juegan en las decisiones políticas. Es decir, creemos que este trabajo nos ha demostrado, una vez más, lo complejo que nos resulta aún a los y las historiadores comprender a las movilizaciones populares, momento en el que muchas veces se cae, casi por inercia, en explicaciones economicistas del tipo “estímulo-reacción racional”.

Asimismo, tomamos en consideración el término “nativo”, utilizado por Sergio Serulnikov. Es notorio cómo a lo largo de la historia de la humanidad, en numerosas ocasiones, terminologías utilizadas por el adversario (generalmente coincidente con el explotador) son resignificadas por los explotados en pos de la efectiva resistencia. Como historiadores somos conscientes de que cuando clasificamos a los actores sociales para facilitar el análisis, no debemos olvidar que dentro de cada uno de esos sectores se esconden disidencias y heterogeneidades múltiples. Sin embargo, creemos que esa incipiente homogeneización que realizamos para nuestro estudio, tiene anclaje en las estrategias de lucha que llevaron a cabo los contemporáneos de estos movimientos, o así debería ser. Es decir, para los indígenas resulta mucho más funcional identificar al enemigo a grandes rasgos para elaborar acciones que lo golpeen. Y aquí entonces se abre otra cuestión: sea cual sea, el bando victorioso luego deberá continuar luchando. Decir que la lucha es permanente no es un mero axioma, sino un precepto anclado en la disputa política cotidiana: es mucho más sencilla la cohesión cuando hay un enemigo en común, pero al vencerlo, vuelven a abrirse las discusiones internas, y las heterogeneidades vuelven a hacerse visibles. La famosa correlación de fuerzas es entonces quien definirá, según la capacidad de acumulación política, quién detendrá el privilegio de idear y ejecutar los lineamientos para la construcción del nuevo orden (cosa que, sin intenciones de realizar historia contrafáctica, seguramente hubiera ocurrido en caso de ser victoriosa la rebelión), o de reordenar el sistema existente (como ocurrió con la victoria de los españoles).

Finalmente, consideramos pertinente guardar cuidado y no forzar la realidad para que encaje con nuestros argumentos. Más allá de que lo expuesto por Van Young parece tener una mayor profundidad en el análisis, consideramos que aludir a la importancia de

las tierras resaltando su significancia social no tiene porqué obnubilar el hecho innegable de que la tierra es estrictamente necesaria para la reproducción humana, y es en el trabajo de los hombres y mujeres que adquiere su valor<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Estas disyuntivas podrán ser analizadas en trabajos futuros.

## Bibliografía

- FLORES GALINDO, Alberto, *Buscando un inca. Identidad y utopía en los Andes*, México, Grijalbo, 1993. Cap IV: “La revolución tupamarista y los pueblos andinos”, pp. 127-160.
- O'PHELAN GODOY, Scarlett, *Un siglo de rebeliones anticoloniales. Perú y Bolivia 1700-1783*, Cusco, Centro de Estudios regionales Andinos 'Bartolomé de Las Casas', 1988, “Introducción”, pp. 21-25, Cap. V: “La culminación del descontento social: la Rebelión de Tupac Amaru”, pp. 223-287 y “Conclusiones”, pp. 289-294.
- SERULNIKOV, Sergio, “Repensando ‘lo andino’ en el siglo XVIII”, en Xavier Ricard Lanata (editor), *Vigencia de lo andino en los albores del siglo XXI. Una mirada desde el Perú y Bolivia*, Cusco, CERABC, 2005, pp. 123-153.
- THOMSON, Sinclair, *Cuándo sólo reinasen los indios. La política aymara en la era de la insurgencia*, La Paz/El Alto, Muela del Diablo editores/Aruwiry. Editorial del THOA, 2006, Cap. 5: “Proyectos de emancipación y dinámica de la insurgencia (I). El esperado día del autogobierno indígena”, pp. 169-216 y Cap. 6. “Proyectos de emancipación y dinámica de la insurgencia (II). La tormenta de la guerra bajo Tupaj Katari”, pp. 217-.278.
- TUTINO, John, *De la insurrección a la revolución en México. Las bases sociales de la violencia agraria, 1750-1940*, México, Ediciones Era, 1990. Capítulo II: “Orígenes sociales de la insurrección. El Bajío, 1740-1810”, pp. 47-93.
- VAN YOUNG, Eric, “Hacia la revuelta. Orígenes agrarios de la rebelión de Hidalgo en la región de Guadalajara”, en Van Young, E., *La crisis del orden colonial. Estructura agraria y rebeliones populares en la Nueva España, 1750-1821*, México, Alianza, 1992, pp. 305-334.
- VAN YOUNG, Eric, “Etnia, política local e insurgencia en México, 1810-1821”, en Manuel Chust e Ivana Frasquet (eds.), *Los colores de las independencias iberoamericanas. Liberalismo, etnia y raza*, Madrid, CSIC, 2009, pp. 143-170.
- WALKER, Charles, *De Tupac Amaru a Gamarra. Cusco y la formación del Perú republicano, 1780-1840*, Lima, CBC, 2004. Capítulo 3 “La rebelión de Túpac Amaru: protonacionalismo y revitalismo Inca”, pp. 34-78.